

[Chiesa/Omelie1/Pasqua/Pentecoste/C19PentecostésConocimientoVerdaderaGrandezaMisterioCristoSeñor]
 ➤ *Domingo de Pentecostés (2019). La misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de manera siempre nueva, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo. Nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino es bajo la acción del Espíritu Santo.*

❖ Cfr. Domingo de Pentecostés 9 de junio de 2019

Hechos 2, 1-11; Salmo 103; 1 Corintios 12, 3-7.12-13 o bien Romanos 8, 8-17; Juan 20, 19-23 o bien Juan 14, 15-16.23b-26.

Juan 20, ¹⁹ Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: « La paz con vosotros. » ²⁰ . Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. ²¹ Jesús les dijo otra vez: « La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío. » ²² **Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: « Recibid el Espíritu Santo. »** ²³ A quienes perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos.

O bien Juan 14, 15-16.23b-26: ¹⁵ Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; ¹⁶ y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que esté con vosotros para siempre. ²³ « Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. ²⁴ El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me ha enviado. ²⁵ Os he dicho estas cosas estando entre vosotros. ²⁶ Pero el Paráclito, **el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho.**

1 Corintios 12, 3b-7.12-13: **3 Hermanos: nadie puede decir: ¡Jesús es Señor!, sino es bajo la acción del Espíritu Santo.** ⁴ Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; ⁵ y diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; ⁶ y diversidad de acciones, pero Dios es el mismo, que obra todo en todos. ⁷ A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para provecho común. ¹² Porque así como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aun siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. ¹³ Porque todos nosotros, tanto judíos como griegos, tanto siervos como libres, fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu.

*La misión del Espíritu Santo
 es introducirnos en la grandeza del misterio de Cristo.
 «Jesús es Señor» (Segunda Lectura de hoy, 1 Corintios 12):
 esta es la confesión fundamental de la Iglesia,
 guiada por el Espíritu Santo.*

1. Un aspecto importante del reconocimiento de la grandeza del misterio de Cristo es la proclamación «Jesús es Señor», de la primera Carta de San Pablo a los Corintios (12,3), que se ha leído hoy, solemnidad de Pentecostés.

❖ 1. «Jesús es Señor». Jesucristo revela y lleva a cabo el señorío de Dios sobre el mundo y sobre la historia.

- **Nuevo Diccionario de Teología Bíblica, P. Rossano, G. Ravasi, A. Girlanda, Jesucristo.** ed. San Pablo: “Con el título *Kyrios* (Señor) la comunidad cristiana reconoce a Jesús resucitado como Señor suyo, entronizado a la derecha de Dios, que revela y lleva a cabo el señorío de Dios sobre el mundo y sobre la historia. (...) Esta misma convicción es la que se deduce de la carta de Pablo a los fieles de Filipos, en donde el título de *Kyrios*, que se atribuía típicamente a Dios en la tradición bíblica, es referido ahora a Jesucristo, el cual, "teniendo la naturaleza gloriosa de Dios", se sumergió en la historia de los hombres con una total fidelidad, vivida incluso en la humillación extrema de la muerte (Filipenses 2,6-11)”.

- Es el reconocimiento de que Jesús es mi salvador, mi maestro.

- San Pablo afirma que ninguno puede hacer esa alabanza sin la acción del Espíritu Santo. Quien

pronuncia esa alabanza es como si dijera: «Tú eres mi Señor; yo me someto a ti, te reconozco libremente como mi salvador, mi jefe, mi maestro, aquel que tiene todos los derechos sobre mí» (Cfr. Raniero Cantalamessa, *El Canto del Espíritu*, Cap. XXI, p. 385).

❖ 2. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres que Jesús es Señor.

○ En el Catecismo de la Iglesia Católica

- **n. 152:** No se puede creer en Jesucristo sin tener parte en su Espíritu. Es el Espíritu Santo quien revela a los hombres quién es Jesús. Porque "nadie puede decir: «Jesús es Señor» sino bajo la acción del Espíritu Santo" (1Co 12,3). "El Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios... Nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios" (1Corintios 2,10-11). Sólo Dios conoce a Dios enteramente. Nosotros creemos en el Espíritu Santo porque es Dios. La Iglesia no cesa de confesar su fe en un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo.
- **n. 455:** El nombre de Señor significa la soberanía divina. Confesar o invocar a Jesús como Señor es creer en su divinidad "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (1 Corintios 12,3).
- **n. 683:** "Nadie puede decir: "¡Jesús es Señor!" sino por influjo del Espíritu Santo" (*1Corintios 12,3*). "Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!" (*Gálatas 4,6*). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. El es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. (...)
- **n. 2670:** "Nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», sino por influjo del Espíritu Santo" (1Corintios 12,3). Cada vez que en la oración nos dirigimos a Jesús, es el Espíritu Santo quien, con su gracia proveniente, nos atrae al camino de la oración. Puesto que El nos enseña a orar recordándonos a Cristo, ¿cómo no dirigimos también a él orando? Por eso, la Iglesia nos invita a implorar todos los días al Espíritu Santo, especialmente al comenzar y al terminar cualquier acción importante.
Si el Espíritu no debe ser adorado, ¿cómo me diviniza él por el bautismo? Y si debe ser adorado, ¿no debe ser objeto de un culto particular?. [San Gregorio Nacianceno]
- **n. 2681:** "Nadie puede decir: «Jesús es Señor», sino por influjo del Espíritu Santo" (1Corintios 12,3). La Iglesia nos invita a invocar al Espíritu Santo como Maestro interior de la oración cristiana.

❖ 3. En el Ordinario de la Misa hay textos sobre la grandeza del misterio de Cristo. Por ejemplo, en la alabanza o doxología que el sacerdote proclama antes del Rito de la Comunión, elevando la patena y el cáliz.

○ Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria, por los siglos de los siglos.

Cfr. Félix María, Arocena, En el corazón de la liturgia, Palabra marzo 1999, pp. 246-261:

- Por Cristo. «... no debemos presentar a Dios Padre nada si no es por Cristo, a través de Cristo, por medio de Él» p. 251 [Yo soy el camino ... nadie puede ir al Padre sino por mí (Juan 14,6)]

- Con Cristo. «Hacer las cosas por Cristo es poco todavía. No basta hacerlo todo a través de Cristo, sino con Él, en unión íntima con Él. (...) En su alma humana, Cristo posee la plenitud de la gracia santificante. Una plenitud intensiva y extensiva. La gracia santificante que yo poseo ha tenido su origen y su fuente en el alma humana de Cristo. Es gracia "capital", mana de la Cabeza, que es Cristo. La gracia santificante que yo poseo se llama, por eso, "crística". (...) La vida cristiana consiste en hacer todo con Jesús; rezar, discurrir, amar, trabajar, caminar, descansar, divertirse ... Los disgustos, enfermedades, contradicciones, dolores ... sin incorporar a Cristo, carecerían de valor». pp. 251-252

- En Cristo. Hay una gradación. «"Gradación" porque "por" y "con" son algo extrínseco a nosotros, mientras que "en" nos mete dentro de Cristo. Tema muy querido en San Agustín († 430), que nos reconduce a su doctrina sobre el Cuerpo místico de Cristo y el "Cristo total". (...) El

“Cristo total” es Cristo más nosotros. (...) Él no está completo sin nosotros. No alcanza su plenitud y totalidad si no somos uno con Él. Incorporados a Él por el Bautismo somos partes integrantes de su unidad. El cristiano es *alter Christus*: el cristiano es otro Cristo, y nada más verdadero, pero hay que precisar. “Otro” no significa diferente. No somos otros Cristo distinto del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe. Como dice san Agustín, *Christus facti sumus* (Enarraciones in psalmos, 26,2; BAC, 235, p. 267). (...) La cabeza y los miembros forman el *Christus totus*, el “Cristo total”. Siendo así, se comprende que todas nuestras acciones se han de realizar en Cristo, identificados con Él.» pp. 252-253.

❖ 4. El Señor se encuentra junto a nosotros con la fuerza del Espíritu Santo. La misión del Espíritu consiste en introducirnos en la grandeza del misterio de Cristo.

- **Benedicto XVI, Homilía 7 mayo 2005**¹: “De las lecturas de la liturgia de hoy aprendemos también Algo más sobre la manera concreta en la que el Señor se encuentra junto a nosotros. El Señor promete a sus discípulos su Espíritu Santo. La primera lectura nos dice que el Espíritu Santo será «fuerza» para los discípulos; el Evangelio añade que será guía hacia la Verdad plena. Jesús les dijo todo a sus discípulos, pues él es la Palabra viviente de Dios, y Dios no puede dar algo más que a sí mismo. En Jesús, Dios se nos dio totalmente a sí mismo, es decir, nos dio todo. Además de esto, o junto a esto, no puede haber otra revelación capaz de comunicar algo más o de completar, en cierto sentido, la Revelación de Cristo. En Él, en el Hijo, se nos dijo todo, se nos dio todo. Pero nuestra capacidad de comprender es limitada; por este motivo la misión del Espíritu consiste en introducir a la Iglesia de manera siempre nueva, de generación en generación, en la grandeza del misterio de Cristo”.

II. El Espíritu Santo es el manantial inagotable de la vida de Dios en nosotros.

Papa Francisco, *Catequesis de las Audiencias Generales*, sobre el Espíritu Santo, 8 de mayo de 2013

- El hombre es como un peregrino que, atravesando los desiertos de la vida, tiene sed de un agua viva fluyente y fresca, capaz de saciar en profundidad su deseo profundo de luz, amor, belleza y paz. Todos sentimos este deseo.
 - **Y Jesús nos dona esta agua viva: esa agua es el Espíritu Santo, que procede del Padre y que Jesús derrama en nuestros corazones. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante».**

Pero quisiera detenerme sobre todo en el hecho de que *el Espíritu Santo es el manantial inagotable de la vida de Dios en nosotros*. El hombre de todos los tiempos y de todos los lugares desea una vida plena y bella, justa y buena, una vida que no esté amenazada por la muerte, sino que madure y crezca hasta su plenitud. El hombre es como un peregrino que, atravesando los desiertos de la vida, tiene sed de un agua viva fluyente y fresca, capaz de saciar en profundidad su deseo profundo de luz, amor, belleza y paz. Todos sentimos este deseo. Y Jesús nos dona esta agua viva: esa agua es el Espíritu Santo, que procede del Padre y que Jesús derrama en nuestros corazones. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante», nos dice Jesús (*Jn* 10, 10).

- **Cuando decimos que el cristiano es un hombre espiritual entendemos precisamente esto: el cristiano es una persona que piensa y obra según Dios, según el Espíritu Santo.**

Jesús promete a la Samaritana dar un «agua viva», superabundante y para siempre, a todos aquellos que le reconozcan como el Hijo enviado del Padre para salvarnos (cf. *Jn* 4, 5-26; 3, 17). Jesús vino para donarnos esta «agua viva» que es el Espíritu Santo, para que nuestra vida sea guiada por Dios, animada por Dios, nutrida por Dios. Cuando decimos que el cristiano es un hombre espiritual entendemos precisamente esto: el cristiano es una persona que piensa y obra según Dios, según el

¹ Homilía en la toma de posesión de la Cátedra del Obispo de Roma, en la Basílica de san Juan de Letrán, en la fiesta de la Ascensión del Señor.

Espíritu Santo. Pero me pregunto: y nosotros, ¿pensamos según Dios? ¿Actuamos según Dios? ¿O nos dejamos guiar por otras muchas cosas que no son precisamente Dios? Cada uno de nosotros debe responder a esto en lo profundo de su corazón.

- El «agua viva», el Espíritu Santo, Don del Resucitado que habita en nosotros, nos purifica, nos ilumina, nos renueva, nos transforma porque nos hace partícipes de la vida misma de Dios que es Amor.

- **Este es el don precioso que el Espíritu Santo trae a nuestro corazón: la vida misma de Dios, vida de auténticos hijos, una relación de confianza, de libertad y de confianza en el amor y en la misericordia de Dios, que tiene como efecto también una mirada nueva hacia los demás, cercanos y lejanos, contemplados como hermanos y hermanas en Jesús a quienes hemos de respetar y amar.**

El Espíritu Santo nos enseña a mirar con los ojos de Cristo, a vivir la vida como la vivió Cristo, a comprender la vida como la comprendió Cristo.

A este punto podemos preguntarnos: ¿por qué esta agua puede saciarnos plenamente? Nosotros sabemos que el agua es esencial para la vida; sin agua se muere; ella sacia la sed, lava, hace fecunda la tierra. En la *Carta a los Romanos* encontramos esta expresión: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (5, 5). El «agua viva», el Espíritu Santo, Don del Resucitado que habita en nosotros, nos purifica, nos ilumina, nos renueva, nos transforma porque nos hace partícipes de la vida misma de Dios que es Amor. Por ello, el Apóstol Pablo afirma que la vida del cristiano está animada por el Espíritu y por sus frutos, que son «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Ga 5, 22-23). *El Espíritu Santo nos introduce en la vida divina como «hijos en el Hijo Unigénito»*. En otro pasaje de la *Carta a los Romanos*, que hemos recordado en otras ocasiones, san Pablo lo sintetiza con estas palabras: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues... habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos “Abba, Padre”. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él» (8, 14-17). Este es el don precioso que el Espíritu Santo trae a nuestro corazón: la vida misma de Dios, vida de auténticos hijos, una relación de confianza, de libertad y de confianza en el amor y en la misericordia de Dios, que tiene como efecto también una mirada nueva hacia los demás, cercanos y lejanos, contemplados como hermanos y hermanas en Jesús a quienes hemos de respetar y amar. El Espíritu Santo nos enseña a mirar con los ojos de Cristo, a vivir la vida como la vivió Cristo, a comprender la vida como la comprendió Cristo. He aquí por qué el agua viva que es el Espíritu sacia la sed de nuestra vida, porque nos dice que somos amados por Dios como hijos, que podemos amar a Dios como sus hijos y que con su gracia podemos vivir como hijos de Dios, como Jesús. Y nosotros, ¿escuchamos al Espíritu Santo? ¿Qué nos dice el Espíritu Santo? Dice: Dios te ama. Nos dice esto. Dios te ama, Dios te quiere. Nosotros, ¿amamos de verdad a Dios y a los demás, como Jesús? Dejémonos guiar por el Espíritu Santo, dejemos que Él nos hable al corazón y nos diga esto: Dios es amor, Dios nos espera, Dios es el Padre, nos ama como verdadero papá, nos ama de verdad y esto lo dice sólo el Espíritu Santo al corazón, escuchemos al Espíritu Santo y sigamos adelante por este camino del amor, de la misericordia y del perdón. Gracias.

III. La identidad del cristiano

Benedicto XVI

- ❖ 1. Lo que cuenta es poner a Jesucristo en el centro de la propia vida. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias.
- **Benedicto XVI**, 25 de octubre de 2006: “De aquí se deriva una lección muy importante para

nosotros: lo que cuenta es poner en el centro de la propia vida a Jesucristo, de manera que nuestra identidad se caracterice esencialmente por el encuentro, la comunión con Cristo y su Palabra. Bajo su luz, cualquier otro valor debe ser recuperado y purificado de posibles escorias”.

- ❖ 2. Cada discípulo confiesa que Jesús es el Señor y está llamado a crecer en la adhesión a él, dando y recibiendo ayuda de la gran compañía de los hermanos en la fe.

- **Benedicto XVI, Discurso en la Inauguración de los trabajos de la Asamblea Diocesana de Roma, 11 de junio de 2007:** “El tema de la asamblea es «Jesús es el Señor. Educar en la fe, en el seguimiento y en el testimonio». Se trata de un tema que nos atañe a todos, porque cada discípulo confiesa que Jesús es el Señor y está llamado a crecer en la adhesión a él, dando y recibiendo ayuda de la gran compañía de los hermanos en la fe. Ahora bien, el verbo «educar», puesto en el título de la asamblea, implica una atención especial a los niños, a los muchachos y a los jóvenes, y pone de relieve la tarea que corresponde ante todo a la familia: así permanecemos dentro del itinerario que ha caracterizado durante los últimos años la pastoral de nuestra diócesis.

- Esta es la confesión fundamental de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo.

Es importante considerar ante todo la afirmación inicial, que da el tono y el sentido de nuestra asamblea: “Jesús es el Señor”. Ya la encontramos en la solemne declaración con la que concluye el discurso de san Pedro en Pentecostés, donde el primero de los Apóstoles dijo: “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (*AC 2,36*). Es análoga la conclusión del gran himno a Cristo contenido en la *carta de san Pablo a los Filipenses*: “Toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre” (*Filipenses 2,11*). También san Pablo, en el saludo final de la *primera carta a los Corintios*, exclama: “El que no quiera al Señor, sea anatema. *Marana tha*, Ven, Señor” (*1 Corintios 16,22*), transmitiéndonos así la antiquísima invocación, en lengua aramea, de Jesús como Señor.

Se podrían añadir otras citas: pienso en el capítulo 12 de la misma *carta a los Corintios*, donde san Pablo dice: “Nadie puede decir “Jesús es Señor” sino con el Espíritu Santo” (*1 Corintios 12,3*). Así declara que esta es la confesión fundamental de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo. Podríamos pensar también en el capítulo 10 de la *carta a los Romanos*, donde el Apóstol dice: “Si confieras con tu boca que Jesús es Señor...”.

IV. A los cristianos nos corresponde anunciar, en el mundo de hoy, que Jesús es la piedra angular, el fundamento de la vida, el Redentor.

- ❖ A todos los hombres y a todas las mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés

- **San Josemaría Escrivá, Es Cristo que pasa, n. 132, Homilía *El gran desconocido*:** “A nosotros, los cristianos, nos corresponde anunciar en estos días, a ese mundo del que somos y en el que vivimos, el mensaje antiguo y nuevo del Evangelio.

No es verdad que toda la gente de hoy —así, en general y en bloque— esté cerrada, o permanezca indiferente, a lo que la fe cristiana enseña sobre el destino y el ser del hombre; no es cierto que los hombres de estos tiempos se ocupen sólo de las cosas de la tierra, y se desinteresen de mirar al cielo. Aunque no faltan ideologías —y personas que las sustentan— que están cerradas, hay en nuestra época anhelos grandes y actitudes rastreras, heroísmos y cobardías, ilusiones y desengaños; criaturas que sueñan con un mundo nuevo más justo y más humano, y otras que, quizá decepcionadas ante el fracaso de sus primitivos ideales, se refugian en el egoísmo de buscar sólo la propia tranquilidad, o en permanecer inmersas en el error.

A todos esos hombres y a todas esas mujeres, estén donde estén, en sus momentos de exaltación o en sus crisis y derrotas, les hemos de hacer llegar el anuncio solemne y tajante de San Pedro, durante los días que siguieron a la Pentecostés: Jesús es la piedra angular, el Redentor, el

todo de nuestra vida, porque fuera de El *no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo, por el cual podamos ser salvos* (Act IV, 12)”.

❖ Estamos llamados a vivir los dones del Espíritu Santo en los altibajos de la vida cotidiana, para transformar las familias, las comunidades y las naciones.

- **Benedicto XVI Hipódromo de Randwick (Australia)**, 19 de julio de 2008: “Esta tarde, reunidos bajo

este hermoso cielo nocturno, nuestros corazones y nuestras mentes se llenan de gratitud a Dios por el don de nuestra fe en la Trinidad. Recordemos a nuestros padres y abuelos, que han caminado a nuestro lado cuando todavía éramos niños y han sostenido nuestros primeros pasos en la fe. Ahora, después de muchos años, os habéis reunido como jóvenes adultos alrededor del Sucesor de Pedro. Me siento muy feliz de estar con vosotros. Invoquemos al Espíritu Santo: él es el autor de las obras de Dios (cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 741). Dejad que sus dones os moldeen. Al igual que la Iglesia comparte el mismo camino con toda la humanidad, vosotros estáis llamados a vivir los dones del Espíritu entre los altibajos de la vida cotidiana. Madurad vuestra fe a través de vuestros estudios, el trabajo, el deporte, la música, el arte. Sostenedla mediante la oración y alimentadla con los sacramentos, para ser así fuente de inspiración y de ayuda para cuantos os rodean. En definitiva, la vida, no es un simple acumular, y es mucho más que el simple éxito. Estar verdaderamente vivos es ser transformados desde el interior, estar abiertos a la fuerza del amor de Dios. Si acogéis la fuerza del Espíritu Santo, también vosotros podréis transformar vuestras familias, las comunidades y las naciones. Liberad estos dones. Que la sabiduría, la inteligencia, la fortaleza, la ciencia y la piedad sean los signos de vuestra grandeza”.

❖ Toda la realidad cristiana, Iglesia sacramental, ascesis, tiene como finalidad transformar al hombre cada vez más en imagen de Cristo. El Espíritu Santo es el iconógrafo, quien dibuja esa imagen.

- “Toda la realidad cristiana, Iglesia sacramental, ascesis, tiene como finalidad transformar al hombre cada vez más en imagen de Cristo”.

Comité para el Jubileo del Año 2000, *El Espíritu del Señor*, BAC Madrid, 2ª ed. septiembre 1997, pp. 52- 55: “Toda la realidad cristiana, Iglesia sacramental, ascesis, tiene como finalidad transformar al hombre cada vez más en imagen de Cristo. El es el salvador del hombre, no sólo porque lo libera del pecado, sino también y sobre todo porque realiza y perfecciona su ser icónico: éste es el primer objetivo de la encarnación, la «deificación» del hombre. Cuando los Padres quieren definir la naturaleza del hombre, no recurren a la definición aristotélica - «hombre es un animal racional» -, sino a aquella teológica: «él es un ser viviente capaz de ser divinizado» (San Gregorio Naciaceno, Discursos, XLV,7).

La tradición de la Iglesia, oriental y occidental, es unánime al afirmar que aquel que imprime en el hombre la imagen de Dios es el Espíritu Santo. Éste es considerado el «iconógrafo» (aquél que pinta los iconos sagrados) de la imagen de Dios en el hombre para que, mirando a Cristo como modelo, pinte en el hombre la imagen viva del Redentor y, de esta manera, cristifique progresivamente al fiel. El principio es siempre el mismo: Dios se hace presente en el hombre a través de Jesucristo, en el Espíritu Santo; el hombre es imagen de Dios porque está llamado a la comunión con Dios y el Espíritu Santo es quien pone en comunión. Esta unión no consiste en un hecho externo o psicológico, sino que transforma al ser mismo del hombre, que ya desde la creación está llamado a esta comunión, que significa «ser llamados a imagen de Dios» a través de Jesucristo en el Espíritu Santo”.

www.prroquiasantamonica.com

Vida Cristiana